

## 1° PUESTO, CATEGORÍA SABIAS PERSPECTIVAS

### Memoria

La luz empieza a colarse por los pequeños espacios que deja la cortina, la habitación va iluminándose de a poco, entreabro un ojo, voy despertando lentamente, mis sentidos van poniéndose en marcha, mi cuerpo se hace consciente del calor bajo las cobijas, el sonido de unos pasos que transitan por el pasillo y se dirigen hacia la cocina, puedo reconocer que es mamá caminando en sandalias, el olor a café fresco me genera una sensación de satisfacción, escucho el ruido del pocillo sobre el mesón, ella se sirve un café y se me hace agua la boca, se me escapa un bostezo y mi cuerpo se estira, intentando sacarse de encima la pereza, levanto las cobijas y me siento al borde la cama, mis manos sacuden mis ojos intentando ver más claramente, busco mi teléfono, un repaso rápido en busca de mensajes que no existen, un suspiro, me fijo en la hora, 9:24 de la mañana, busco bajo la cama algo para poner en mis pies, me calzo las zapatillas que son lo primero que está a mano y me levanto, los brazos al aire un nuevo estirón, hay un buen clima, al parecer es un día caluroso, me dirijo al baño tambaleándome un poco, pongo jabón en mis manos y abro el grifo, el agua fría termina por despertarme, miro al espejo y me encuentro, un poco ojeroso, desalineado, acumulo agua entre mis manos y me lavo la cara, intentando sacarme la resaca, me lavo los dientes para borrar el mal aliento.

Salgo de la habitación, al parecer todos duermen excepto mamá, un beso en la mejilla, un buenos días con algo de apuro, una taza de café que termina de aterrizar, -¿cómo está todo? Me pregunta ella, le voy contando cada detalle obviando a conveniencia aquello que no me interesa que sepa -¿cómo estás? Le pregunto, me contesta -bien-. Categóricamente e interpreto que no le interesa que ahonde mucho en la situación, se asoma por la ventana que de la cocina da hacia la calle y suspira, -¿pasa algo? Le pregunto, sin apartar la vista del cuchillo que va cercenando las naranjas me dice que el abuelo salió hace media hora a buscar huevos y pan para completar el desayuno y aún no regresa, termino el último sorbo de café y le pregunto si quiere que vaya a buscarlo.

Hace seis meses que el abuelo sufrió un ACV (Accidente Cerebro Vascular), por fortuna no pasó a mayor, sin embargo le dejó una pequeña parálisis en su brazo derecho y una pérdida de memoria selectiva, la movilidad del brazo ha ido regresando lentamente, con la memoria lamentablemente no ha pasado lo mismo, a veces cuando nos sentamos al comedor y me doy cuenta la forma en la que me observa, siento que posiblemente uno de los archivos que han sido eliminados para siempre es aquel que tiene que ver conmigo, me recorre con su mirada con intriga y más allá del buenos días, gracias y hasta mañana, no son muchas las palabras que cruza conmigo, siento nostalgia de aquellos días en los que me contaba secretos de su oficio de zapatero, siento tristeza de aquellos días en los que solía contarme las pilatunas que hacían mamá y los tíos cuando eran niños, extraño su sonrisa, incluso, extraño los días en los que dejaba su complicidad de lado para regañarme porque me portaba mal con mamá.

Voy a la habitación, retiro el pijama, me pongo un short, una camiseta, busco una gorra y los lentes oscuros, busco el abrigo que usé la noche anterior, encuentro las llaves y salgo de casa, la luz intensa del día parece sobrepasar el filtro de mis lentes, mis ojos se resienten un poco, empiezo a caminar, afino la vista buscando la silueta del abuelo, llego a la esquina, doblo a la izquierda y me

dirijo al super de Toñito, que en ese preciso instante acomoda sobre la acera unas cajas de fresa, un abrazo para saludarlo, le pregunto si el abuelo vino a verlo esta mañana, en su cara se dibuja un gesto de preocupación, me dice que sí, que hará unos veinte minutos entró y pidió unos huevos, llevó unos cuantos panes y un queso, -¿no ha llegado a casa? Me pregunta, hago un gesto con mis labios y muevo mi cabeza indicando que no, -¿quieres que te ayude a buscarlo? Me ofrece, le digo que no, que me deje dar un paseo por el barrio a ver si lo veo, de lo contrario pasaré a buscarlo para que me ayude, un abrazo de despedida.

Continúo mi camino, me preparo para cruzar la calle, el semáforo cambia a rojo y me alisto para caminar, me hago consciente del sonido de una ambulancia que viene a toda velocidad y un vacío me invade el estómago, no puedo evitar pensar que puede tratarse del abuelo, el vehículo cruza, y en la siguiente cuadra dobla a la derecha, decido correr tras ella, el corazón me palpita muy rápido, la respiración se entrecorta, me siento angustiada, persigo el sonido de la ambulancia que se va alejando con rapidez, siento impotencia por no poder alcanzarla, me invade la certeza de que algo le ha pasado al abuelo, hago mi mayor esfuerzo para alcanzarla pero resulta inútil, llego a la esquina de la plaza al borde de las lágrimas, empiezo a recorrer con la vista cada una de las esquinas del lugar y en la puerta de la iglesia creo identificar su sombrero, empiezo a caminar lentamente hacia ese punto, voy acercándome y la angustia va convirtiéndose en una mezcla de tranquilidad y enojo, tranquilidad porque voy confirmando que es él, que está bien, enojo porque me parece el colmo que nos dé estos sustos, sigo acercándome y veo que se ríe a carcajadas como hace meses no lo veía, reconozco a Lucho, su vecino, sostienen una conversación amena, Lucho le señala la esquina norte de la plaza, parece contarle una anécdota, el abuelo gesticula como indicándole que se equivoca y señala esquina contraria, los dos se largan a reír.

El teléfono vibra, es mamá, -¿qué pasó? Me pregunta, -ya lo encontré, está en la plaza, hablando con Lucho. Le respondo -¿con Lucho? Me pregunta con la voz entrecortada, le digo que sí, que están hablando, que están muertos de la risa, ella sonrío y tengo la certeza de que unas cuantas lágrimas se deslizan por su rostro, -no se demoren. Me pide, le digo que en un rato más vamos a casa. Lucho no solo es su más viejo vecino, es el padrino de mamá, es el amigo que lo acompañó cada día después de la muerte de la abuela, sin embargo, hasta hace un par de días esos recuerdos tampoco existían en su memoria.

Decido acercarme, entre tanto ellos siguen en su conversación, entretenidos, Lucho advierte mi llegada, sonrío, noto sus ojos encharcados, el abuelo voltea a verme -tú mamá ha de estar esperando los huevos. Me dice, me estremezco al ver en su mirada un brillo ausente durante los últimos meses, muevo mi cabeza en señal afirmativa, -me cuida más que a sus hijos, le dice a Lucho, se funden en un abrazo, -mañana paso a verte a casa, le dice el abuelo, caminamos hacia casa, lo tomo de la mano o ¿él me lleva de la suya? Y en ese momento recuerdo aquel escrito de Galeano *“Un bisabuelo encuentra a su bisnieto. El bisabuelo está completamente chocho (sus pensamientos tienen el color del agua) y sonrío con la misma beatífica sonrisa de su bisnieto recién nacido, El bisabuelo es feliz porque ha perdido la memoria que tenía. El bisnieto es feliz porque no tiene, todavía, ninguna memoria. He aquí, pienso, la felicidad perfecta. Yo no la quiero”*.

Andrés Lombana Martínez, padre de familia del curso 5°B